



# SANCHO PANZA.

REVISTA SATÍRICO-BURLESCA DE LITERATURA, COSTUMBRES, ARTES Y TEATROS.

## COSTUMBRES.

### RIÑÁS DE GALLOS.

Si no fuera por mor del caballero fiscal de imprenta, como diría algún gullero, que tiene las de Cain con Sancho y no le tolera, ni por una vez sola, que despojándose de la ruda corteza, dé muestras de su ingenio con política, echándola yo á mi vez de político, filosofaría un corto trecho sobre los circos gallísticos, en los cuales, y bajo la presidencia de zeñó Cristóbal Curtio, marchante de fruta, que debe aquella categoría al sufragio universal, pues derecho tuvieron para darle el voto los vecinos del pueblo, y los forasteros, y los extranjeros que mediante su autonomía y ocho cuartos, entraron en el reñidero el día de Todos los Santos, señalado por los inteligentes, desde tiempo inmemorial, para comenzar las peleas cada año, por ser esa la época en que los vichos se encuentran tan en sazón, como las brevas por San Juan; bajo cuya presidencia repito, son todos iguales ante el reglamento; es libre cada uno hipotecando previamente los huesos, muelas inclusive, para encajarle una desver-

güenza al lucero matutino, si le dice que su pollo no tiene piés, ó que á su jaca le falta boca, ó no le dice nada; y fraternizan por último, tan admirablemente el aficionado marqués del Espolon, con Fábio el aficionado, que es un gitano, esquilaor de fama y cantaor por too lo jondo, como el primogenito del mas opulento banquero del pueblo, con el idem de zeñó José (a) Er Meyiso, que tiene un banco... de jerraor en la misma calle.

Yo, que sin pertenecer á la comunión, no miro con malos ojos eso de la libertad, la igualdad y la fraternidad, no asisto sin embargo, usando del primero de los tres principios, sino muy raras veces al reñidero; porque además de no ser aficionado, no quiero que, en virtud del mismo, me cobren de mogollon una puesta que no puse al giro, ni me dejen de pagar otra que tuve la debilidad de aventurar en pró del colorado y la casualidad de no perder, ni que surgiendo de aquí algunos dimes y dires, me propinen un argumento de tal solidez, que parodiando al señor Kotk (D. Carlos) me ocasione dos ó tres bajas en las encías, por mas que séamos despues muy libres, yo, para devolver como Dios ciento por uno y el presidente para llamar á un guardia civil, que por obra y gracia del principio de igualdad, me lleve a la cárcel, codo con codo con mi contendiente, artista en



zapatos; ni me urge tampoco realizar la idea de *fraternidad* con el *Fáblio* que de suso queda dicho, que me llamará *compare*; y me *peirá sinco duro emprestao*, que yo tendré ó no, en un arranque de entusiasmo, al ver las proezas del *pollo cenizo* y me asfixiará con su *aliento pitoso* y me enlazará *fraternamente* el cuello con su brazo, y me llenará de mugre la levita, ó me dislocará un hombro con sus dedos duros y callosos, sin desconocer yo que las tales durezas y callosidades habrán sido por otra parte adquiridas muy honrosamente trabajando.

En resumen:

A la libertad le pasa  
que la entienden de mil modos;  
y yo, la quiero sin tasa;  
pero... Dios en la de todos,  
y cada cual en su casa.

Antes de seguir adelante, confieso ingenuamente que en cuestion de gallos solo sé, dando siempre la preferencia á los pollos, comerlos en pepitoria ó con tomates, segun la estacion; y que soy completamente lego en el arte de *criarlos, ponerlos y reñirlos*, razon por la que, si estos renglones van á parar a manos de algun inteligente, le ruego con encarecimiento que me disimule las faltas de tecnologia y los pecados contra el octavo mandamiento en la parte *científica*, que disculpable es mentir, cuando de riñas de gallos se trata.

Hecha esta salvedad, amantísimo lector, voy á tener el gusto de acompañarte á casa del señor marqués del Espolon, aficionado de los mas entusiastas y grande inteligente, para que asistamos despues á una funcion del *reñidero*. Sin llegar á la casa, ya la adivinarán tus oidos lastimados por la horrible batahola que arman los *ocenta y tantos nichos*, que constituyen la coleccion del simpático marqués y las murmuraciones de la vecindad en estos ó parecidos términos:

—¡Ay señora! dice una vieja, dirigiéndose á la vecina de enfrente; mire Vd. que es mucha cruz, estar oyendo esta *monserga* de dia y de noche ¡qué demonio de gallos!—

—¿Y ese bendito señor, contestó la interpelada, no tiene otra cosa que hacer, en todo el santo dia de Dios, mas que pasear y pelar los pollitos? Cuánto mas le valiera ocuparse de que su niña no pelara tanto la pava con el novio.—

—Si señora, añade la vieja, con el novio, que todas las noches apaga el farol de enfrente. Crea Vd., señora, que á la pobre Juana la Moña, que padecia de dolores en el *celebro* la acabaron de matar esos pícaros animales. Decía la infeliz, que tenia *el quiquiriquí dentro del sentio*.

El apreciable marqués, que es un cincuenton de mediana estatura, gordo, colorado y con una cara de perfiles tan redondos, como la segunda potencia de las tres que le dan vida, vestido con unos calzones á propósito para *mariscar*; babuchas berberiscas; chaqueton color de canela; un mandil, atado por el cuello, la cintura y los muslos y una gorra en forma de *parapeto*, cuya *berma* ó visera es proverbial por sus dimensiones, en el pueblo y en los de diez leguas a la redonda, se encuentra en la gallera, muy ageno á los anteriores *chismes de vecindad*, pálido el rostro y descompuesto, centellantes los ojos, y sin poder articular palabra, porque la rabia lo ahoga, sosteniendo una descomunal batalla con su muger y dos

de sus hijas. Tiene cogido por las patas el cadáver de un gallo, cuya cabeza agugereada y chorreando sangre, dá señales inequívocas de haber muerto en buena lid y con él, intenta pegarle una paliza á un chicuelo de seis á siete años, hijo suyo tambien, á lo que aquellas se oponen con todas sus fuerzas, resistencia que ya le ha valido á mi señora la marquesa, recibir en la cara *un coupe de poule* que rompiéndole los espejuelos, le ha dejado impresa una sangrienta huella con plumas, desde la diestra oreja á las narices.

—Sosiégate, Espolon, sosiégate;—esclamaba la infeliz angustiada.

—¡Por Dios papaito!—suplicaban en coro las niñas.

—¡Voy á matar á ese grandísimo pícaro! gritaba desafarodamente el marqués, accionando al mismo tiempo con el brazo cuya mano sostenia el difunto y salpicando los vestidos de batistas de las niñas—¿no sabia ese bribonzuelo, lo que dicen las máximas de Martinez de la Rosa?

Quien maltrata á un animal  
no tiene buen natural,

y si yo los peleo, es porque... ¿eh?... ¿no es esto? añadió dirigiéndose á su gallero, el tio Estéban, viejo muy ladino, que con el calañés hacia la coronilla, en jarras y los ojos bajos, movia la cabeza á compás con la pierna derecha como diciendo: ¡Jezú! ¡Jezú! ¡y qué desgrasia tan grande!»

—Yo... gi gi...; decia el niño llorando, besando y dirigiéndose á la pared, no... gi gi... le he hecho nada... gi gi... al pollo sino... gi... que se me escapó... gi gi... y lo fuí á cojer y me ha pinchado mi dedito... gi gi... y me duele... ay ay ay... gi gi...

La marquesa y sus hijas deshechas en lágrimas volaron á socorrer al niño, que tenia un dedo ensangrentado; al papá, se le apagaron los fuegos al ver lastimado al hijo de su alma y disputándose todos la conduccion del herido, marcharon al interior de la casa á hacerle la primera cura.

José Navarrete.

(Concluirá.)

## A MURILLO, PINTOR.

ODA.

Acaso deslumbrada  
bajas la frente y doblas la rodilla  
¡oh, miserable humanidad! al oro:  
ó la hermosura, ó la nobleza hinchada,  
oyen soberbias tu aclamar sonoro.  
Idolos son que levantó la suerte,  
que estriban su cimiento en aire vano,  
y de la edad la inexorable mano  
los hunde en el olvido, que es la muerte.

No así tu llama espléndida y fecunda  
puede morir, inspiracion sagrada;  
el alma te tributa enagenada  
amor inmenso, admiracion profunda.  
Cual caudaloso rio  
los siglos incansables van pasando,  
en sus revueltas ondas



triunfos, riquezas y poder llevando.

Los pueblos que en el Asia se estendian,  
escombros son ahora;

las solitarias yerbas los cubrieron  
y allí la lira del Oriente llora.

Roma y Atenas fueron:

de una y otra en el polvo está la frente;  
y salvando del tiempo la corriente,  
viven los héroes que esplendor les dieron.

España, patria mia,

alégrate con gloria:

muestra á la faz del mundo

el blason peregrino de tu historia,

que tu famoso nombre al sol levanta:

muéstrate coronada da laureles;

mientras mi lira vigorosa canta

al inmortal Murillo,

émulo y vencedor del grande Apeles.

Un mar incomprensible

es el alma del hombre: ella se eleva

muy más allá del aquilon y el trueno:

el entusiasmo audaz de fuerza lleno

á las mansiones de su Dios la lleva:

ella sonrie con la blanca aurora

desplegando su azul, púrpura y oro:

como las aves trina,

y si la tarde pálida declina,

con el rocío de la noche llora.

Pródiga su tesoro

la brinda por do quier naturaleza:

su esencia es la unidad y la armonía,

su alimento eternal es la belleza.

Gózala el génio, y al gozarla siente

sombras, luces, perfumes y sonidos,

inquietos, palpitantes, confundidos,

divagar por los campos de su mente.

La inspiracion le envuelve, le arrebatada,

cual desbordado y hervidor torrente

que de altísima cumbre se desata;

no le basta gozar; quiere que el mundo

goce con él y por sus ojos vea;

á lo bello ligar quiere su nombre,

y ¡oh pasion nobilísima del hombre!

que eterno á par del universo sea.

¡Pasion sublime, fuente de las artes,

gloria del mundo, altar del pensamiento!

Tú, tú infundiste con divino aliento

á Zurbarán la magestad severa

que en sus santas imágenes grababa.

Por tí sencilla y digna se elevaba

la inspiracion del uno y otro Herrera:

tú diste á Alonso Cano

la grata correccion, el fiel diseño

y el lienzo y mármol animó su mano:

tú diste al gran Velazquez

ese brillante y vigoroso vuelo,

ese pincel de indómita osadía;

que á los ojos absortos ofrecia

cuanto circunda el mar y cubre el cielo,

Embelllecida entonces la natura,

en breve espacio contempló su imagen

y á sus amantes sonrió hechicera.

Pudo el bosque sus sombras y verdura

mirar eternas en paisaje hermoso:

pudo su manto virginal gracioso

ostentar la inocente primavera,

sin miedo al sol de estío:

y todo el universo engalanarse,

y la beldad de la vejez librarse,

su figura dejando y su memoria.

Pudo el hijo infeliz que allá en la cuna

sintiera helarse de su madre el seno,

verla despues en éxtasis sereno

triunfando así del tiempo y la fortuna.

El contorno, el color más fugitivo,

el pincel detenia

y hasta la edad futura lo lanzaba

fresco, latiente, vivo,

y la muerte gemia...

¡Tanto el génio español se levantaba!

La inteligencia en su soberbio trono

el himno oyó, que el hombre prosternado

con estro peregrino

en su alabanza entona.

Mas á tí, corazon, templo sagrado,

te faltaba tu intérprete divino,

faltaba al arte su mejor corona.

Y fué Murillo: el sevillano cielo

bañó su cuna y circundó su frente:

nació para pintar, como las aves

nacieron para el vuelo,

y para gala del pensil la fuente.

El arte fué su vida:

respiraba por él, por él gozaba

la inspiracion á su existencia unida,

y hasta en el lecho con su amor soñaba.

¡Amor inmenso! El entusiasmo entonces

alzóse como estrella

de pura luz resplandeciente y bella.

¿Qué triunfos no logro?...

Noble Murillo,

solo tú arrebatado penetraste

en la ideal region, pintor del cielo:

tú lo viste patente, y lo mostraste

á los ojos atónitos sin velo.

Solo á tí, solo á tí fué revelada,

del ángel y la vírgen

la casta y melancólica hermosura:

la gravedad tranquila del anciano,

la cándida ternura

del niño, y la dulcísima inocencia

que en su cuna sonrie.

¡Prodigios de tu génio sobrehumano!

Entre nubes de clara transparencia

donde flota diáfano el ambiente,

miro el celeste coro;

y embebecida en su ilusion la mente,

pienso escuchar el cántico sonoro.

Tanta es la vida que respira el lienzo

animado por ti: leves y vagos

los celages ondean, cual mecidos

del áura á las halagos,



y de inmortales lumbres revestidos:  
la flor difunde aroma,  
baja en pliegues magnifico el ropage,  
y á tu pincel rindiendo vasallage,  
brillo y color el universo toma.  
Y aun vuelas más allá: tu pensamiento  
en las alas del éxtasis te eleva,  
místico, irresistible, soberano,  
y te sientes mayor, cual si te hubiese  
tocado Dios con invisible mano.

Rásgase el velo ante tu vista, y creas  
uniendo lo inmortal con lo infinito:  
lanza el alma del mundo inmenso grito:  
¡«venturoso pintor, eterno seas»!

¡Aclamacion universal y pura!  
¡Grito que crece al par que se dilata;  
como torrente de sonora plata  
que descende cubriendo la llanura!  
¡Con cuánto ardor mi acento  
se unió contigo, al ver énagenado  
ese lienzo sagrado  
de la piedad y el arte monumento!

Vagaba yo por las augustas naves  
de la sublime catedral: desierta  
se hallaba entonces, sin rumor ni luces:  
un sepulcro á mi vista parecía.  
Tan solo un triste rayo descendía  
de mística claridad dudosa y yerta  
á través de los vidrios de colores  
de la alta ojiva, y mis errantes pasos  
dormido el eco apenas repetía.  
A otra region mi espíritu volaba  
llena de paz y célicos amores,  
y otras áuras mi pecho respiraba,  
en tanto que mi frente se inclinaba  
al poder de su grave pensamiento.  
Así pasaron las tranquilas horas...  
y al levantar los ojos  
una vision me acarició divina.  
En cuadro de belleza peregrina  
oraba el justo, y de increada lumbre  
se inflamaba su pálido semblante:  
era aquel fuego que ciñó triunfante  
del sagrado Tabor la escelsa cumbre:  
á su plegaria se rasgaba el cielo,  
y ángeles mil en delicioso vuelo  
sobre ondeantes nubes descendían.  
Brotar de entre sus lábios parecían  
himnos de paz y bendicion y gloria,  
y entre ellos Dios, vestido de inocencia,  
al fiel creyente á consolar bajaba

¡Quién dulce transparencia  
á los celages vaporosos daba,  
giro al aire sutil y movimiento,  
brillo á la luz, y al labio enagenado  
súplica humilde y fervoroso acento?  
¡Qué génio poderoso allí esparcía  
en grandes oleadas  
la existencia, la gloria y la armonía?

¡Murillo! tú no has muerto! Aun en las nieblas  
de la tumba sombría resplandesces:

aun hablas al espíritu admirado.  
¡Palmas, laurel! Tu pueblo congregado  
justo homenaje á tu memoria rinde:  
Estátua noble en pedestal eterno  
publicando tu fama se levanta,  
llena el aplauso el aire estremecido;  
y mi acento, jamás envilecido,  
tu fé, tu inspiracion, tus triunfos canta.

Sevilla.

Narciso Campillo.

## EL PROSPECTO.

Antes chocaba mucho recibir un prospecto, hoy so  
lo choca que se pase el día sin recibir uno.

Hoy el prospecto es una necesidad social.

Es el amigo de confianza de algunos.

Es el que les elogia.

El representante de muchos.

El encargado de la última plana de los periódicos.

La esperanza y el consuelo de los editores.

El orador de algun artista sin compañía.

De algun quita-manchas.

De algun quinquillero ambulante.

El patrimonio de algunos repartidores.

El rey de la moda.

Hoy el prospecto, á todo se estiende, todo lo domi-  
na, todo lo invade, de todo se encarga, todos le buscan,  
á todo se le dedica.

Por eso ¡tanto se le conoce!

¡Tanto se le usa!

¿Qué establecimiento, antes de abrir sus puertas al  
público, no se anuncia en un prospecto, con un mes de  
anticipacion, y le manda repartir todos los días?

¿Qué fotógrafo, no dice en un prospecto, la calle  
donde vive, las diversas clases de retratos que hace, la  
forma de ellos, y su precio?

¿Qué ateneo no se vale hoy tambien del prospecto  
para fijar los días, y las horas en que han de celebrarse  
las sesiones, los temas que han de tratarse, y los señores  
profesores, que han de hablar de ellos, ó de discutirlos?

¿Qué agente de negocios, no publica en un pros-  
pecto, en qué casa y habitacion tiene establecida su ofici-  
na, las horas que ha señalado para su despacho, la clase  
de negocios de que se encarga y que pueden fiarsele, y  
la forma en que se le ha de dirigir la correspondencia?

¿Qué fabricante, de cualquiera clase que sea, no se  
vale del prospecto, para decirnos donde tiene establecida  
su fábrica, los géneros que elabora, y el precio de cada  
uno de ellos?

¿Qué oculista, no nos dice en un prospecto, el nú-  
mero de años que lleva de práctica, las medallas honorí-  
ficas que se le han concedido, las operaciones que ha  
practicado, la clase de personas operadas, la certeza de  
sus cálculos, la oportunidad con que ha dispuesto ciertos  
medicamentos, su felicísimo resultado, las poblaciones  
que ha recorrido, la aceptacion tan extraordinaria que en  
ellas le han dispensado, y las diversísimas observaciones  
científicas que ha hecho?

¿Qué sociedad de crédito, no espone en un pros-  
pecto, el capital que tiene, el resultado de sus balances,  
los socios que la forman, las operaciones á que se dedi-  
ca, la forma en que hace los descuentos, las garantías  
que ofrece á los socios imponentes, quiénes son de la  
junta de vigilancia, la época designada para las juntas,  
quién es el presidente, el abogado consultor, y el sub-  
delegado del gobierno?

¿Qué empresario de teatro, no vé en el prospecto de



determinadas funciones, cierta cifra que ha de hacer desaparecer el vacío de sus gavetas?

¿Qué actor no se vale de un prospecto en el día de su beneficio?

¿En qué Fonda elegante no se halla de sobremantel, un prospecto muy litografiado que es la alegría de los hombres-estómagos?

¿Qué Empresa del ferro-carril, no adorna las esquinas de ciertos sitios públicos con su prospecto-tarifa?

¿Qué novelista no acompaña á la primera entrega de su novela, un prospecto, para el suscriptor?

El prospecto es tan vario como las fisonomías.

Tiene mil nombres.

Algunos ofrecen en él su casa.

Otros su despacho.

Muchos se valen del prospecto para anunciar su llegada, ó la traslación de su establecimiento.

El prospecto siempre satisface una necesidad.

¿Cuántas historias de amores, han nacido de un prospecto!

Un prospecto sirve en ciertas ocasiones de mucho.

A veces es un velo para cubrir ciertas curiosidades, y asistir á algun barato, y adquirir noticias muy particulares, y ver objetos, que encierran en sí, una historia bien triste.

El prospecto me agrada.

¿Sabeis por qué?

Porque soy amigo de la publicidad, y amo los progresos de la inteligencia humana, y el prospecto es el eco de la publicidad.

Pero no creais que todos los prospectos merecen mi aprobacion.

Algunos me fatigan, otros me divierten, y otros hallan de utilidad.

El prospecto que no me agrada, es el prospecto viviente.

Me cansa la Mamá, que se convierte en prospecto de su hija.

El esposo que es el prospecto de su cónyuge.

Y por último: los hombres que son el prospecto de sí mismos.

**Cándido María Costilla.**

## HUMO Y CENIZA.

### SONETO.

Fumaba yo tendido en mi butaca.  
Cuando al sopor de plácido mareo,  
Mis sueños de oro realizarse veo  
Del humo denso entre la niebla opaca,  
Mas ni la gloria mi ambicion aplaca,  
Ni nada colma mi febril deseo,  
Hasta que al fin por el ambiente creo  
Verte mecida en vaporosa hamaca.  
Corro hácia tí, mi corazon te invoca,  
Y cuando el fuego del amor me hechiza,  
Y van mis lábios á sellar tu boca,  
De ellos ¡ay! el cigarro se desliza,  
Y solo queda de ilusion tan loca  
Humo en el aire y á mis piés ceniza.

**El Marqués de Añón.**

### SONETO.

Tiempo há, Roma, que el águila medrosa,  
No levanta ya el vuelo en tus colinas

Ni ofrecen las inútiles encinas

Cívico honor á tu virtud ociosa.

¡Quién fuera el Tíber, que te vió gloriosa,

Y ora enturbia las aguas cristalinas

Por no ver en su espejo las ruinas

Que cubren tu campiña silenciosa!

¡Ay, tú tambien escondes los girones

De tu grandeza, cuando deja tardo

Tu claro cielo el sol, Roma, en la niebla;

Y oyes sonar sin fin las ovaciones,

Con que á morir te ayuda el monje pardo,

Que tus escombros solitario puebla.

**Antonio Cánovas del Castillo.**

## POEMAS DRAMÁTICOS.

DE

**ALEJANDRO POUCKINE.**

(CONTINUACION.)

(En verso.)

*Es de noche.—Celda en el monasterio de Tchoudovo, 1806.  
El Padre Pimeno, Gregorio, hermano lego, adormecido.  
Pimeno escribe, sentado delante de la lámpara de las santas imágenes.*

Todavía otra, todavía otra narracion, y queda concluida mi crónica. La tarea está hecha, la tarea que me habia impuesto, á mí pobre pecador, el Todopoderoso. No en vano me ha colocado el Señor para testigo de tantos años y me ha dado la inteligencia del arte de escribir. Algun dia, un monje laborioso encontrará mi obra leal, pero sin nombre. Como yo encenderá su lámpara, y sacudiendo el polvo del tiempo del pergamino, copiará esas verídicas narraciones, á fin de que los descendientes de los ortodoxos sepan los destinos de su tierra materna; á fin de que nombren con respeto á sus czares grandes por sus obras, su gloria, sus beneficios, y que intercedan humildemente con el Señor por sus faltas y por sus sombrías acciones. Yo revivo en mi vejez; lo pasado vuelve á pasar delante de mí. Tiempo hace que, lleno de acontecimientos diversos; este pasado afluía, agitándose como las olas del Océano. Vedle ahora silencioso y tranquilo. Mi memoria me ha conservado pocos semblantes; pocas palabras resuenan ya hasta mí; y todo lo demás ha desaparecido. Pero el dia se acerca, y mi lámpara va á extinguirse. Todavía otra, todavía otra narracion. *(Vuelve á escribir.)*

*Gregorio, despertando.*

Siempre el mismo sueño! ¿Es posible? Por la tercera vez! Maldito sueño! Y siempre, el viejo sentado delante de la lámpara, escribiendo; y sin duda, durante toda la noche, no ha cerrado sus ojos para dormir. ¡Cuánto me gusta su aspecto tranquilo, cuando, sumergida su alma en lo pasado, continúa su crónica! A menudo deseo adivinar lo que escribe su pluma. ¿Es la sombría dominacion de los tártaros? ¿Son los crueles suplicios mandados por Ivan el Terrible? ¿Es el tempestuoso *vetché* (1) de la república del Novgorod? ¿O son las glorias de la patria? En vano. Ni en su elevada frente, ni en sus miradas se pueden

(1) La plaza pública, el *forum*, y al mismo tiempo la asamblea popular que tenia lugar en ella.



leer sus secretos pensamientos. Siempre el mismo aspecto, humilde y grande. Un *diák* envejecido en los tribunales mira así con la misma calma á los inocentes y los culpables, y escucha con indiferencia el bien y el mal, sin conocer la cólera ó la compasion.

Pimeno.

¿Has despertado, hermano?

Gregorio.

Dadme vuestra bendicion, reverendo padre.

Pimeno.

Que Dios te bendiga, ahora, siempre y en la eternidad.

Gregorio.

Has escrito toda la noche, sin dormir, mientras que una imaginacion diabólica ha turbado mi reposo, y el enemigo de los hombres no ha cesado de atormentarme. Me ha parecido en sueños que subia por una escalera rápida á la cima de una torre. Desde esta altura, Moscou se me presentaba como un hormiguero. Abajo, en la plaza, hervía el pueblo, y, riendo todos, me señalaban con el dedo. Yo tenia vergüenza, miedo, y cayendo de cabeza en la plaza, despertéme sobresaltado. Y tres veces he tenido el mismo sueño. ¿No es extraño?

Pimeno.

Es la sangre de la juventud que te agita. Humíllate por medio del ayuno y la oracion, y en tus sueños solo verás imágenes serenas. Ahora todavía sí, cuando mis ojos se cierran á pesar mio, no rezo una larga plegaria antes de la noche, mi viejo sueño no está libre de turbacion ni de pecado. Tan pronto veo ruidosos festines, como campamentos y luchas guerreras, en fin las locas distracciones de mis juveniles años.

Gregorio.

¡Cuán alegremente has pasado tu juventud! Has combatido bajo las torres de Kasan; has rechazado los ejércitos lituanenses con el valiente Chouiski; has visto la corte y el fausto de Ivan. Feliz tú! Y yo, desde mi adolescencia, vago errante, pobre monje, entre tristes celdas. ¿Por qué no podré, yo tambien, entregarme á la embriaguez de las batallas y sentarme á la mesa de los czares? Como tú, hubiera tenido tiempo en mi vejez de dejar el mundo y sus vanidades, de pronunciar votos y de encerrarme en un tranquilo retiro.

Pimeno.

Hermano, no sientas haber dejado temprano el mundo pecador, y que el Señor no te haya enviado muchas tentaciones. Créeme, la gloria, el lujo y las astucias del amor femenino solo pueden seducirnos de lejos. He vivido largo tiempo y he practicado la vida, pero no he conocido la felicidad hasta que el Señor se dignó conducirme á este convento. Piensa, hijo mio, en nuestros grandes czares. ¿Quién está encima de ellos? Solo Dios. ¿Quién es superior á ellos? Nadie. Y sin embargo á menudo su corona de oro se les vuelve pesada, y la cambiarían por un capuchon de monje. El mismo terrible czar buscaba á menudo el descanso en una apariencia de ejercicios piadosos y de austeridad monástica. Su palacio, lleno de orgullosos favoritos, tomaban con frecuencia el aspecto de un monasterio. Los sangrientos ministros de sus voluntades (1) se cubrian de cilicios, presentándose como dó-

(1) Se les llamaba *opritchniks*, que quiere decir literalmente, personas del servicio particular. Los príncipes mas elevados tenían á honor el servir entre los *opritchniks*.

ciles cenobitas, y el terrible czar como su piadoso superior. He vivido aquí en esta misma celda (habitada entonces por Cirilo, el hombre justo y sufrido) (1), y desde entonces Dios me ha concedido la gracia de iluminarme sobre la nada de las vanidades mundanas. Aquí he visto al czar, cansado de sus ideas de cólera y de suplicios. Tranquilo y meditabundo, estaba el Terrible sentado entre nosotros hablándonos apaciblemente mientras nosotros permanecíamos en pié é inmóviles en su presencia. A nuestro superior y á toda la comunidad nos decia: «Padres míos, llegará el día deseado en que apareceré aquí hambriento de salvacion. Tú, Nicomedes, tú, Sergio, y tú, Cirilo, recibid todos el voto de mi alma. Yo vendré á vosotros, yo réprobo cargado de crímenes, y tomaré el hábito venerable cayendo á vuestros pies, oh mis santos padres.» Así hablaba el poderoso monarca, y su palabra manaba como la miel, y lloraba. Y nosotros llorábamos tambien, suplicando al Señor que enviase la paz y amor á su alma tormentosa. Y su hijo Feodor ¿no suspiraba en el trono por la apacible vida cenobítica? De su palacio hizo una celda-oratorio, en donde los pesados cuidados del poder no turbaban su alma santa. Dios agradeció la humildad del czar, pues bajo su reinado la Rusia disfrutó de una felicidad sin nubes, y en la hora de su muerte se verificó un milagro inaudito: delante de la cama, y visible únicamente para el czar, apareció un hombre resplandeciente de luz; y Feodor se puso á conversar con él, llamándole el gran patriarca. Todos los que le rodeaban quedaron sobrecogidos de terror, comprendiendo que tenia lugar una aparicion celeste, pues en aquel momento el santo *uladika* (2) no se encontraba en la cámara del czar. Y cuando en fin pasó á mejor vida, todo el palacio se llenó de un santo perfume y el semblante del difunto resplandecía como un sol. Jamás volveremos á ver un czar semejante. ¡Oh terrible infortunio! ¡Oh inaudita desgracia! Hemos pecado, hemos encendido la cólera del Señor nombrando para amo á un regicida.

(Continuará.)

## MESA REVUELTA.

Revista de Cádiz.

¡Qué bello es contemplar los primeros rayos del sol en las perfumadas mañanas de la florida primavera!

Allí; en medio del bosque solitario; entre los enredados y olorosos rosales que através de las bellas plantas brota el húmedo campo, salpicado con el fresco rocío de la rápida noche: noche apacible, llena de encantos, de amores, de ilusiones.

Allí; escuchando el tierno y cariñoso arrullo de la tortolilla amante; de la tortolilla que asecha el astuto cazador, para arrebatársela de la vida; ó mas afortunada para presentársela en señal de triunfo á la hermosa de su corazon; á la muger que adora.

Allí; escuchando el armonioso canto del gilguerillo airado; el mugido de la cariñosa madre que amamanta en sus pechos al manso corderillo; el murmullo de las fuentes; el ¡ay! que repite el eco, que nace en las ciudades y espira en el campo.

(1) Cirilo, una de las lumbreras de la iglesia rusa, fué condenado á muerte por Ivan el Terrible.

(2) Título del patriarca.



Allí; cobijado el hombre por el límpido, brillante y azulado cielo, que si pierde el fulgor de las estrellas, reconquista el esplendor que algunas horas antes le había arrebatado la sombría y espesa nube.

¡Qué bella es la creacion! ¡Qué grandel!

¡Qué hermosa es la primavera!

Pero ¡ay! que no vamos á cantar ni el perfumado ambiente de los jardines; ni el tierno arrullo de la tórtola; ni el trinar de los pajarillos; ni el murmurar de los arrollos, de las fuentes; ni el cielo límpido y azul.

Vamos á hablar del verano pasado: del otoño porvenir.

¡El verano! Con su ardoroso sol; con su atmósfera turbia y sonrojada.

¡El otoño! Con sus lóbregas noches precursoras del temporal; con sus mañanas de hielo; con su sol túbio é incoloro.

Ha pasado el verano; Cádiz no es el Cádiz de ayer. A la animacion, á la vida que le presta el bullicioso concurso de los forasteros que vienen á solazarse en las rizadas y cristalinas ondas del mar, ha sustituido el silencio. Ya no hay el caminar acompasado del holgazan transeunte. No ha quedado mas que el ir y venir del negociante.

Cádiz ayer era todo poesía. Hoy todo positivismo.

Y con la desaparicion del verano ha quedado triste, solitario y apenado el paseo del Peregil; consternada, moribunda la plaza de Mina; desierta, árida y fria la Alameda de Apodaca.

De los baños del real no queda mas que el pingüe producto en que se gozan los empresarios vergonzantes y el arenoso siempre húmedo pavimento.

De los de la Puerta de Sevilla, el apolillado y á veces mohoso maderamen que los constituyen.

Con la desaparicion del verano, desapareció la Penco de nuestra escena. La Penco, delicia de los «dilettantis.» La Penco, artista distinguida, génio musical, mal que pese al revistero de EL COMERCIO.

Y desapareció Valero del teatro del Circo; y con Valero, la Cairon.

Y abandonó nuestro suelo Castelar, el duque de Rivas, Calzada, Ramirez, Alvareda, Pongilioni y otras muchas notabilidades en letras, en el foro, en política.

Y desapareció el ministerio Mon. Punto y aparte. Suspendamos nuestra pluma. No queremos reñir con el fiscal de imprenta.

¿Qué Cádiz es este? El Cádiz del otoño. El Cádiz que prepara sus estufas, sus chimeneas, sus características capas, sus para-aguas ó para-sombreros.

Veamos.

Cádiz cuenta con tres teatros y dos medios. Esto de los medios no es muy del día, desde que se estableció el sistema decimal. Hablemos con propiedad.

Cádiz cuenta dentro de sus muros con tres teatros, cincuenta céntimos de uno y otros cincuenta céntimos de idem.

Empecemos por el principio.

Y el principio es el teatro Principal; como que es nada menos que un teatro de primer orden, donde acabamos de oír á la inolvidable Rossina Penco.

¿Qué será de este teatro?

¡Quién saber!

¡Están tan recientes los acontecimientos!

¡Compañía—hablemos á la francesa; es preciso caminar con el siglo—«troupe» de comediantes!

¡Tamayo! el hijo de Joaquina Baus de tan felices recuerdos! ¡Qué tiempos aquellos para nuestro teatro español! Todo ha desaparecido: no queda ni aun la esperanza.

¡Albarran! ¡Mercedes Buzon! ¡Vico! ¡La Santigosa! Este es el cuadro con algunos fragmentos que por sabidos se callan.

¿Llena las condiciones del público que asiste á nuestro primer coliseo? Ni con mucho. Ello dirá.

Hemos dicho que están muy recientes los acontecimientos. Aun resuenan atronadores en nuestros oídos los silbidos tributados á una compañía de zarzuela que, como diria el manco de Lepanto, de cuyos artistas no quiero acordarme.

¿Qué sucederá ahora? Ello dirá. No queremos profetizar. Nuestra profecía serviria de mala «sombra» para el empresario de las «condiciones.»

¡El Circo! Zarzuela.

¿Qué es la zarzuela? Valiéndonos de un «dicho» vulgar, una ensalada sin aliño. Con música y con declamacion; ni tiene lo uno ni lo otro. ¿Lo quiere el público? Sea.

Conocemos al señor Gonzalez, director de la nueva y numerosa compañía. Al señor Gonzalez transformado: al tenor convertido en barítono. ¿Qué viene á ser esto? Si habláramos de política, si nos lo permitiera el señor fiscal, diríamos que el señor Gonzalez se ha «resellado;» que ha cometido una «apostasía.» Está en su derecho; eso nadie lo duda; vivimos en tiempo de libertad.

Libertad para todo.

¿Quiénes son los demás artistas que forman el cuadro zarzuelero del teatro del Circo?

Algunos conocidos: otros por conocer. Vivir para ver. Ver para juzgar. Ver y oír.

¡El Balon! Ya esto es otra cosa. Lo que no se presenta con pretensiones, es digno de indulgencia. Una reunion de modestos artistas que se afanan por complacer al público. Cúmplanlo y merecerán nuestro aplauso. Hasta ahora lo cumplen. Aplaudamos.

Restan los teatros convertidos en céntimos.

¡Isabel segunda!

¡El Ateneo!

En cuanto al primero, es el «refugium peccatorum» de los artistas sin ajuste. Dejadlos vivir, si viven.

El segundo... ¡ah! en cuanto al segundo ya es otra cosa.

Y ¿qué mas?

El ministerio ha caído.

¿Y qué?

Nada hay eterno en el mundo. Solo Dios. Tras de un día viene otro. Tras un ministerio...

Punto.

Don Florencio.

### Teatro del Balon.

Cuatro palabras sobre el Teatro del Balon, que en la actual temporada está dando muestras de actividad y perseverancia, no obstante atravesar el mes mas aciago del año para las tareas dramáticas.

En la presente semana asistimos en la noche del Jueves á la ejecucion de la linda comedia del señor Larra *La Cosecha*. Esta obra encierra bellezas de primer orden y notables defectos. Como todas las de este autor, posee una fácil y galana versificacion, algunas escenas de buen colorido dramático, y ciertos caracteres admirablemente comprendidos; pero por desgracia, estas dos buenas cualidades se ven oscurecidas por la falta de movimiento dramático, languidez de la accion principal, á precipitacion en algunas escenas, requisitos todos que nunca debe olvidar el escritor de teatro.

Fué bien interpretada *La Cosecha* por los actores



que tomaron parte en ella. El señor Jimenez, es un jóven modesto y estudioso, y en la ejecucion de su papel nos hizo ver que es un autor de conciencia y sentimiento y que sabe decir con marcada acentuacion los lindos versos de Larra. Las señoras Guerra y Cabello cumplieron su cometido y obtuvieron algunos aplausos. El señor Galza tambien interpretó su papel con esmero; pero deseáramos sacudiera ese temor con que se presenta en escena, y que le embaraza con perjuicio de sus buenos deseos.

En dicha noche se ejecutó tambien la chistosa y conocida pieza *Por no escribirle las señas*, ensayada y dirigida por el primer actor del género cómico, el señor Romero, que provocó repetidas veces la hilaridad del público, sacando todo el partido posible de su chistoso papel.

Ocurrió en los momentos de la ejecucion de esta pieza la indisposicion del señor Gallegos, a quien tuvo que sustituir improvisadamente el antiguo actor de carácter señor Barreda que á la sazón se encontraba en el coliseo. ¿Qué podremos decir de este cambio? ¿Quién no conoce al señor Barreda en Cádiz? ¿Quién no aplaudió sus excelentes dotes artísticas cuando figuraba al lado del inolvidable Carabaca? El público lo saludó con un nutrido aplauso y luego... luego prorrumpió repetidas veces en estrepitosas carcajadas. Barreda, apesar de su *retraimiento*, como se dice ahora, es el actor característico por excelencia.

La señorita Cortés y Avilés tomó parte en esta pieza en un papel de escasa importancia, pero en el cual tuvimos ocasion de observar los adelantos que esta jóven actriz ha hecho en el arte á que se ha dedicado. Nos reservamos juzgarla con el detenimiento debido, cuando se le reparta papeles de mas importancia. Séanos lícito anticipar una apreciacion: creemos que la señorita Cortés, discípula del Ateneo Gaditano, está llamada á seguir un brillante porvenir si continúa como hasta aquí, con constancia y con fé por el escabroso sendero del arte.

Aquí terminariamos nuestra reseña á vuelo de pájaro, si en la noche del Domingo no hubiesen ocurrido algunos lances dignos de mencion.

Estaba anunciado el drama *Grazalema*, y la pieza *Trapisondas por bondad*; pero sin duda el refran popular «El hombre propone y el *dengue* dispone», quiso en la enunciada noche obtener una confirmacion. Cómo tuvo lugar esto, vamos á decirlo.

Anda hace dias por nuestra poblacion una cosa estacional y anti-higiénica, que no sabemos quién há tenido la humorada de regalarnos, si el melancólico viejo *Otoño*, el variable *equinocio*, ó el respetable huésped, llamado vulgarmente *cordónazo*. Pues bien, esta cosa, que en diversas épocas del año y en distintos países ha sido bautizada, ya con el nombre de *grippe*, de *crouc*, etc., en Cádiz ha sido clasificada por el pueblo con la denominacion de *dengue*.

Este señor, enemigo de nuestra salud y reposo, penetra en todas las casas, y sin respetar edad, clase ni sexo, acomete súbitamente á todo fiel cristiano: y usando de su soberana voluntad, tuvo la feliz idea de entretenerse con la salud de algunos de los actores del Balon. Así fué que el señor Galza, encargado del papel de Omar en el drama indicado, no pudo desempeñarlo porque se opuso el *dengue*. Apuro grande para la empresa, que no tenía ni tiempo de avisar la suspension del espectáculo por lo avanzado de la hora. ¿Qué hacer? Pero la Provi-

dencia se presentó en tan atribulado momento bajo la forma del señor Romero, que una hora antes de la funcion se encargó de reemplazar al *dengoso* Galza. Y con efecto, haciendo abstraccion de su habitual estudio cómico, lo vimos transformado en todo un jóven actor dramático. El público con justicia lo saludó con un aplauso á su entrada en escena.

Concluido el drama debia tener lugar la representacion de la pieza anunciada, pero como el *dengue* dispuso otra cosa, tuvo que improvisarse el anciano sainete de *El Payo de centinela*, que no obstante su falta de estudio, salió mejor de lo que creíamos.

No cerraremos estas líneas sin hacer una especial mencion de una notabilidad coreográfica que posee el Balon. Nos referimos á la graciosa y linda jóven Carmen Barrera, que es toda una gran bolera. A la agilidad y soltura de la escuela francesa, une esta aplaudida bailarina la gracia y salero de una andaluza, y apesar de su corta edad, se presenta en escena con el desembarazo y gracejo de una Medina, una Petra Cámara y tantas otras distinguidas artistas.

Vamos á concluir. La empresa de este teatro, como una prueba de su afan por complacer al público, dispone la ejecucion del drama *Rigoletto*, arreglo hecho al teatro español por un conocido escritor de esta ciudad, y el cual ha merecido un notable éxito en los teatros donde anteriormente se ha ejecutado.

Hé aquí la lista de la compañía dramática que ha de actuar en el teatro Principal, y cuyas tareas han de comenzar muy en breve.

Primeros actores y directores de escena, don Victoriano Tamayo y Baus, don José Sanchez y Albarran.

Primer galan jóven y director en sus funciones, don Antonio Vico.

Primeras actrices, doña Mercedes Buzon, doña Julia Santigosa.

Actores.—Don Victoriano Tamayo y Baus, don José Sanchez y Albarran, don Antonio Vico, don Francisco Coria, don José Cortes, don José Alisedo, don Manuel Vico, don Antonio Muñoz, don Salustiano Muñoz, don Enrique Fernandez, don Camilo Rodriguez.

Actrices.—Doña Mercedes Buzon, doña Julia Santigosa, doña Ildefonsa Baus, doña Maria Ruiz, doña Catalina Mirambel, doña Josefa Cruz, doña Carolina Santos, doña Pastora Osuna, doña Justa Amaya, doña Amalia Aguado, doña Elisa Castillo.

Consuetas.—Don Juan Natera, don Salustiano Muñoz, y don Enrique Fernandez.

#### ADVERTENCIA.

A peticion de varios suscritores volvemos á encabezar nuestra publicacion con su primitiva lámina, cuyo correcto y esmerado dibujo, es debido á uno de nuestros mas célebres artistas.

Desde hoy suprimimos la lista de colaboradores que aparecia al frente del SANCHO por ser bastante conocido su personal, y para dejar mayor espacio en nuestras columnas á la insercion de originales.

EDITOR RESPONSABLE:

**DON JOSÉ MARÍA RUIZ.**

CADIZ 1864.

Ultramarion Gaditana, San Miguel, 18.